

La Ciudad de México porfiriana: ¿modernidad auténtica o simulacro de progreso?

Durante el Porfiriato (1876–1911), México vivió una transformación profunda, especialmente visible en su arquitectura y urbanismo. En ninguna ciudad fue esto tan evidente como en la Ciudad de México, donde las reformas urbanas, los edificios monumentales y el trazo de nuevas avenidas aspiraban a convertir a la capital en una metrópoli moderna, al estilo europeo. Sin embargo, más allá de su apariencia, surge una pregunta crítica: ¿estas transformaciones respondían a una verdadera modernización nacional o simplemente buscaban aparentar progreso?

Uno de los cambios más visibles en la capital fue la creación del Paseo de la Reforma, inspirado en los bulevares parisinos de Haussmann. Esta avenida no solo embelleció la ciudad, sino que también permitió articularla simbólicamente con el poder. A lo largo de ella se erigieron monumentos como el **Ángel de la Independencia** (1910), obra que no solo conmemoraba el Centenario de la Independencia, sino que también exaltaba al régimen porfirista como garante del orden y el desarrollo. Si bien esta infraestructura dotó a la ciudad de una nueva imagen cosmopolita, también sirvió para enmascarar profundas desigualdades sociales y económicas.

Otro ejemplo relevante es el **Palacio de Bellas Artes**, iniciado en 1904 con diseño de Adamo Boari. Su fachada art nouveau y su interior art déco lo convirtieron en un ícono cultural que posicionaba a México dentro del circuito de las grandes capitales del arte. Sin embargo, la construcción fue lenta y costosa, y no fue concluida sino hasta después del Porfiriato, en 1934. Este tipo de obras muestra cómo el gobierno de Díaz priorizó la monumentalidad y el prestigio internacional sobre las necesidades urbanas básicas como el acceso al agua, la vivienda o el transporte para la mayoría de la población.

Desde un punto de vista espacial, la ciudad se reordenó para favorecer a las élites. Las zonas más cercanas al centro se modernizaron con alumbrado público, tranvías eléctricos y pavimentación, mientras que los barrios populares quedaron marginados. El modelo de ciudad porfiriana estaba claramente diseñado para una minoría educada, urbana y blanca, que pudiera identificarse con los valores estéticos y culturales europeos. La mayoría indígena y campesina no solo fue excluida del proyecto modernizador, sino que fue desplazada física y simbólicamente de los espacios de representación.

En conclusión, la Ciudad de México porfiriana fue, más que una ciudad modelo, un **simulacro de modernidad**. Aunque introdujo innovaciones técnicas y urbanas, éstas sirvieron principalmente como herramientas para fortalecer la imagen del régimen y reforzar una visión elitista del desarrollo. El progreso, en este contexto, se volvió espectáculo, visible en la piedra y el mármol de sus monumentos, pero ajeno a las condiciones de vida del grueso de la población. La modernidad porfiriana, por tanto, no fue inclusiva ni integral, sino profundamente excluyente y superficial.

